

SUSANA CORCUERA

A MACHETAZOS

VI Premio Internacional Vivendia de Relatos

Colección de Narrativa
Ediciones Irreverentes

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © Susana Corcuera

De la edición: © Ediciones Irreverentes S.L.

Noviembre de 2011

Ediciones Irreverentes S.L.

<http://www.edicionesirreverentes.com>

ISBN: 978-84-15353-10-2

Depósito legal:

Diseño de la colección: Absurda Fábula

Imprime: Publidisa

Impreso en España.

PRÓLOGO

Susana Corcuera se dio a conocer en el ambiente literario mexicano con su magnífica novela *Llegó oscura la mañana*, con la que fue finalista del premio Azorín 2005. Todo un logro para esta *opera prima*, en la que resalta la facilidad de la autora para dibujar ambientes encantados, así como para generar malestar entre sus lectores a través de situaciones opresivas que vive la familia protagonista, sin siquiera poder comentarlas entre ellos.

En *A machetazos*, en cambio, obra con la que la autora ganó el VI Premio Internacional Vivendia de Relato, Susana nos propone una literatura de espacios abiertos, de trabajadores apegados a sus tierras y de pueblos divididos entre su necesidad de agua y su temor a los desbordes de las presas. Entre las páginas de este libro circulan caballerangos que parecieran salidos de *Don Segundo Sombra*, poblaciones que combinan sincréticamente sus creencias religiosas con sus supersticiones, campos sembrados, cañaverales llenos de vida y desiertos intransitables. Susana Corcuera hace gala de una narrativa visual que capta y transmite a la perfección la belleza de los parajes tapatíos, al tiempo que hace cómplice a los lectores de las alegrías, preocupaciones y costumbres de los habitantes de dichos poblados.

Sin embargo, lo que más llama la atención de esta obra, producto quizá de compartir una misma geografía y ambiente, es el fuerte *rul-fianismo* que rezuman algunas de sus páginas. Al igual que el autor universal de Sayula, Susana Corcuera es capaz de comprimir los significados de la palabra de tal forma que sus textos son más extensos de lo que parecen. Por sólo citar un ejemplo, el principio del cuento «Sombras engañosas», nos retrotrae inmediatamente al cuento «En la madrugada» de *El llano en llamas*.

Huetitán descansa en un valle desde el que se alcanza a ver muy lejos. Hay quienes aseguran vislumbrar el infinito en noches de sombras mentirosas. Porque, en Huetitán, el infinito tiene fronteras de mar, estrellas y ríos.

Los pocos forasteros que llegan a la cañada descubren el pastizal de inagotable vista. Voltean despacio, temerosos de que sea un espejismo, y las montañas arrugadas cobijando la planicie, les dan ganas de llorar. («Sombras engañosas», *A machetazos*, p. 30)

San Gabriel sale de la niebla húmedo de rocío. Las nubes de la noche durmieron sobre el pueblo buscando el calor de la gente. Ahora está por salir el sol y la niebla se levanta despacio, enrollando su sábana, dejando hebras blancas encima de los tejados. Un vapor gris, apenas visible, sube de los árboles y de la tierra mojada atraído por las nubes; pero se desvanece en seguida. («En la madrugada», *El llano en llamas*, p 149)

La belleza lírica de la narrativa de Corcuera resulta engañosa al lector quien fácilmente puede olvidar, enfrascado en estas descripciones, que tiene ante sus ojos cuentos plagados de horrores tales como canibalismos fraticidas, violencia de género y locura.

Precisamente es a la locura a la que está dedicada la segunda parte de esta obra. Es común en todos los cuentos de esta segunda parte la soledad de sus protagonistas acompañada de un entorno en decadencia, como ocurre, por ejemplo, en «Mujer Lechuza»:

La iglesia que hace siglos protegía a la hacienda amenaza con caérsele encima. De las gárgolas sólo queda el dragón de alas extendidas, las demás han sucumbido al paso del tiempo; el altar que algún día estuvo decorado con hojas de plata es ahora una piedra carcomida y las escaleras sufren las huellas de generaciones. Canteras hendidas por pies devotos. En el atrio, donde se crían las víboras, un balde de madera se balancea sobre el pozo que nadie utilizará. Cuando el viento sopla, el chirriar de su cadena recuerda otras épocas.[...]

En la penumbra, los ojos amarillos de una lechuza siguen a una mujer que sale de la iglesia. Está vestida de blanco y tiene un rosario en las manos. Titubea, da un paso, se arrepiente. Su vista recorre el espacio empolvado del atrio donde de niña inventaba juegos en días de lluvia. («Mujer Lechuza», *A machetazos*, p. 79)

A la soledad y el abandono se unen un deseo por parte de los protagonistas de volver atrás, a una época de inocencia y seguridad que siempre es interrumpida por una presencia molesta, llámese doctor, voces o huésped silencioso. En esta segunda parte, al igual que ocurriría en *Llegó oscura la mañana*, Susana vuelve a obligar al lector a ver la locura, le hace consciente de que vive en cada uno de nosotros y puede aflorar por algo tan sencillo como una venganza divina. De ahí nace el sempiterno miedo de todos los protagonistas de esta segunda parte, de ahí nuestra incomodidad ante estas magistrales páginas.

JUAN PATRICIO LOMBERA

LA TIERRA

A MACHETAZOS

Me imagino que el primer golpe le llegó por la espalda y no vio la sombra del machete sobre su cabeza. Él tampoco hizo ruido. Al ver a Jacinta en el piso, recargó el machete en una silla y salió de la casa, cerrando la puerta detrás de él.

Atravesó el pueblo con paso decidido y en la delegación le dijo a Jesús, el policía:

—Ve a mi casa a ver lo que hice, maté a mi mujer, ve a ver lo que hice.

Jesús lo tomó a broma hasta que la expresión de su amigo lo obligó a coger su sombrero y pedirle al otro policía que lo acompañara.

—Quédate aquí —le dijo a Vicente antes de irse—, no vaya a ser cierto y luego no te halle.

Afuera de la casa se dieron cuenta de que no tenían orden de cateo y como el delegado era un hombre estricto, después de deliberar un momento le pidieron a un niño que entrara por la ventana y les informara lo que había adentro.

El niño tardó en salir y además tuvieron que esperar a que acabara de vomitar para tener el informe. No, no había ninguna mujer muerta. Estaba doña Jacinta en un charco de sangre.

Cuando Jesús regresó del Seguro Social con el acta de defunción en la bolsa de la camisa, Vicente Camacho seguía sentado en el mismo lugar, las manos sobre las rodillas y ni una gota de sangre en la ropa. Como la cárcel estaba llena y el delegado tardaría en volver, soltaron a un preso para acomodar al nuevo.

Esa noche, Jesús no pudo dormir. Cada vez que cerraba los ojos veía a Vicente, su amigo desde la infancia. Los niños lo querían mucho, sobre todo sus nietos; lo seguían a todas partes pidiéndole que les

contara una de las mil versiones de cómo había perdido el dedo que le faltaba y en las tardes lluviosas, cuando no podía llevarlos a pasear en la carreta, jugaba palillos chinos con ellos. Jesús oía las carcajadas desde su casa. Pensar que ni borracho era agresivo, en lo infinita de su paciencia...

De Jacinta, en cambio, sólo recordaba su cara muy pálida en la clínica del Seguro Social y sus últimas palabras:

—Maldito tecolotero.

Tecolotero es el brujo—adivino. Da consultas a través de un agujero en la pared. Por cincuenta pesos se puede oír el aleteo; otros tantos aseguran la interpretación del problema y otros más, el remedio. Jesús nunca había ido a verlo porque no creía en brujerías. Además, no había tenido la necesidad, pero conocía el procedimiento.

—No quiero oír el aleteo —dijo mientras pasaba los billetes por la rendija—. Sólo traigo cien pesos.

El hombre —tecolote guardó un silencio hostil.

—Quiero saber qué mitote traía con Vicente Carnacho. Me imagino que ya sabrá lo que hizo.

—El tecolote aleteó recio ese día.

—A mí no me venga con tarugadas. Dicen que últimamente no salía de aquí.

—Yo ni sé quién está del otro lado.

—Le voy a creer...

A pesar de recibir otros cincuenta pesos, el brujo se resistía a hablar del asunto y finalmente, Jesús tuvo que amenazarlo para que contestara sus preguntas.

Jesús logró que trasladaran a Vicente a la cárcel de Zacoalco porque la de Guadalajara estaba llena de marihuanos y su amigo no quería codearse con ellos.

—Mira qué angosto es el corredor —le dijo cuando fue a visitarlo—, se siente uno ahogar... hasta el techo tiene alambre de gallinero.

Ese cuarto sin ventanas es donde me encierran cuando empieza a par-dear. Duermo con otros cinco hombres. A mí me tocó la litera de abajo, a ver si un día no quedo despanzurrado.

Jesús lo interrumpió:

—Ya sé por qué la mataste: en una borrachera se te metió la ocurrencia de que Jacinta, a su edad, andaba con otro. De modo que fuiste a ver al tecolotero para ver si era cierto y él acabó de calentarte la cabeza. Sabrá Dios qué tanto te dijo pero, entre sus argüendes y el alcohol, seguro no estabas pensando bien.

Vicente no parecía escuchar. Habló de la comida, del temporal, de su marcapasos que, por viejo, le sacaba buenos sustos, de lo triste que era estar encerrado con una bola de malvientes y en voz más baja, de sus hijas, a las que nunca volvió a ver.

Cuando Jesús ya se iba, lo detuvo del brazo:

—Vieras cuánto me arrepiento...

El policía se quedó inmóvil. Al ver los ojos de su amigo llenos de lágrimas, pensó en el remordimiento que no lo dejaría en paz, en el dolor de haber perdido a sus hijas. Le puso las manos en los hombros, sin encontrar palabras, pero Vicente siguió hablando:

—De no poder ir a cazar conejos, de no estar para la siembra del garbanzo, de ya no cuidar a mis nietos...

EL VICIO DE ISABEL

A Ana Francisca, mi hermana

En Ahualulco, la temporada de sequía se da por terminada el 24 de junio. Llueva o no llueva, a partir de esa fecha mangas de hule cuelgan en los pórticos y a los niños les ponen rosarios de semillas para protegerlos de los espíritus que en tiempos de agua buscan cuerpos donde resguardarse. En la iglesia, los cantos de agradecimiento por las cosechas se sustituyen por peticiones para un buen temporal. Previendo que dentro de poco será imposible cortar la caña, el ingenio se prepara para el final de la zafra; durante los siguientes meses los obremos repararán las máquinas y los camioneros revisarán el motor y las redilas de sus trocas.

Cuando Isabel vivía en la hacienda, mientras su padre comparaba los porcentajes de sacarosa con los de otros ingenios, ella se relajaba imaginando la variedad de postres que aparecerían en la cocina como por arte de magia en cuanto les entregaran los costales de azúcar. Para su madre, en cambio, la fecha significaba tener que lidiar por meses con un cielo despiadado. Josefa sufría la exuberancia del trópico como una afrenta personal. Y es que en las lluvias al mediodía el calor convierte cualquier proyecto al aire libre en una odisea y, por las tardes, cuando finalmente el sol se apiada de los mortales, los zancudos inmunes a cualquier insecticida hacen su entrada triunfal.

A Isabel el calor no le impedía acompañar a su padre en sus recorridos a caballo por los cañaverales ni jugar parejeras a escondidas de Josefa pero los zancudos la sacaban de quicio. Al primer zumbido su cara se contraía en una mueca de odio que llevaba a su madre a temer

un futuro difícil. ¿Quién querría casarse con una muchacha que por la mañana nadaba desnuda en las presas y al caer la tarde insultaba a los moscos con lenguaje de carretonero? Haz algo, Rafael... a mí me ignora. Y, consciente de la inutilidad, su marido rociaba doble dosis de insecticida. Por eso cuando Josefa veía a su hija tan devota en los velorios, se le llenaban los ojos de lágrimas. Esas tardes, Isabel regresaba a la hacienda con una sonrisa plácida y se iba a dormir temprano sin insultar a los zancudos; se olvidaba de los caballos, de las presas y las azoteas, donde solía hacer equilibrios para distraerse cuando los demás dormían la siesta.

El trayecto de Ahualulco al cementerio es largo; cada cierta distancia, el presidente municipal mandó construir unas bases de cemento donde los cargadores se relevan. Mientras deciden quienes llevarán el ataúd a la siguiente estación, la gente aprovecha para refrescarse en las acequias. Cuando Josefa veía un cortejo, le confesaba a su marido que, de no haber sorprendido a Isabel en el grupo de las devotas mujeres, jamás creería que tuviera una vida interior profunda. Esa hija suya tan rebelde, caminando con la cabeza inclinada en actitud reflexiva mientras sorbía de vez en cuando con un popote la Pepsi en bolsa de plástico. Habría que verla... serena, en paz. La transforman, Rafael, estos velorios son una bendición. Mejor conocedor de las costumbres del pueblo, él movía la cabeza con una sonrisa entre conternada y divertida.

Como si Dios escuchara las plegarias de Josefa, los ancianos de la zona empezaron a morir de un misterioso mal. Se le cayó el corazón, era el diagnóstico. ¿Se le calló el corazón?, pensaba Josefa, vaya forma poética de describir un infarto... Fueron tantos los afectados por la enfermedad de Chagas que su hija se daba el lujo de escoger los entierros. Hasta que su gusto empezó a preocupar a su padre.

Pocos días después, uno de los viejos caballerangos iba a ser enterrado en el Tecuán, pueblo vecino de Ahualulco. A grandes males,

grandes remedios, pensó Rafael, y se encaminó con paso firme al cuarto de su hija para pedirle que fuera al entierro en su representación. Te vas a sorprender, añadió sintiéndose vagamente culpable, en el pueblo de Julio tienen una manera especial de honrar a los muertos... y, sí, también dan refrescos.

El velorio era igual a los de Ahualulco: hombres con el sombrero en la mano hablando en voz baja, niños correteándose alrededor del muerto, el murmullo del rosario... y toda la Pepsi con alcohol que uno quisiera. Cuando la procesión quedó organizada, Isabel ya tenía lista su bolsa con popote y al poco tiempo la invadían su recién adquirido amor por los niños y la maravillosa cadencia del rosario.

El trayecto del Tecuán al panteón también es largo pero no hay bases de cemento para el ataúd ni acequias donde refrescarse. Conmovida por el cansancio de los cargadores, Isabel lloraba en silencio y le daba golpecitos cariñosos en la mano a la viuda. No sabía que lo quisieras tanto, niña, eras muy chica cuando dejó de trabajar en la hacienda. Y ella inventaba anécdotas donde Julio era el héroe: cómo la salvó de una mordedura de víbora, la habilidad con que detuvo a un caballo desbocado, su pericia con la sogá... La viuda recordaba el carácter hosco de su marido y se admiraba. Así que, en la hacienda, Julio era un hombre cabal... es triste tener que morir para que lo conozcan a uno, suspiraba.

En el camposanto el cura pidió que se apuraran a sacar la foto porque el difunto se estaba cociendo. El calor era verdaderamente insoportable. Isabel buscó la sombra de un mezquite para observar la escena desde una distancia prudente. Un niño se acercó llorando porque le había picado una abeja y ella se distrajo con el aguijón. Más tarde, el bochorno y los suspiros del chiquillo en su regazo la hicieron caer en un sueño ligero. La despertó la voz de la viuda. Después de tantos recuerdos compartidos en el camino la quería en la foto. Se levantó adormilada pero después de unos pasos se detuvo de golpe. Como

una muestra de que habían acompañado al difunto en el inicio de su viaje al otro mundo, en Ahualulco se acostumbraba tomar una foto con la familia alrededor de la caja. Lo que desconocía Isabel era que en el Tecuán la costumbre requería que el muerto, y no solamente la caja, formara parte del grupo. Habían levantado el ataúd hasta dejarlo en posición vertical y Julio, amarrado con unas correas de cuero, la observaba con el rabillo de un ojo entreabierto. Ven, niña, insistía la viuda mientras ella se esforzaba por guardar la compostura, acomódate aquí, entre mi hijo y yo, para que pueda mirarte en la foto y al mirarte me acuerde de que Julio era un hombre cabal. Isabel le dio la Pepsi al niño de la abeja, se aclaró la garganta y contestó con la actitud de su madre en situaciones complicadas que prefería no entrometerse en una escena familiar. Gracias a Dios, el cura ignoró la insistencia de la viuda y dio la orden de tomar la foto. Lo último que alcanzó a oír Isabel antes de escabullirse fueron las palabras del hijo: Ay, Padre, de veras ya se está cociendo, cómo se le va a presentar así a San Pedro.

Esa noche, Isabel tuvo fiebre con vómitos. Rafael iba y venía por los pasillos sin atreverse a entrar al cuarto, después relegó el asunto a un lugar recóndito de la mente y sólo cuando su mujer se quejaba de que su hija hubiera perdido la devoción, murmuraba que era mejor dejarla en paz.

Isabel es ahora una mujer vieja. Ya no puede montar a caballo ni nadar en las presas y el zumbido de los zancudos no le molesta, quizá no lo oye. Del lenguaje florido le queda una que otra palabra que suelta en los momentos más inoportunos. Confunde las caras, a veces divaga, pero recuerda bien el pasado; aún ahora, cuando hace tiempo descubrió que el olvido es mejor que la nostalgia, se despierta creyendo estar en la hacienda que flota en la bruma azucarada de sus recuerdos y cuando a alguno de sus nietos se le pasan las copas, le confiesa que